

señor Evelyn, cuya obra intitulada *Sylva* es todavía el manual de todos los que plantan árboles en Inglaterra, y cuya vida, costumbres y principios, que pueden verse en sus memorias, deberían ser igualmente la norma de todos los caballeros ingleses.



CAPITULO XIV.

¡ Por cierto, amigo, por cierto
Que es terrible novedad!
En medio de la vacada
Con un furor sin igual
Estan riñendo dos toros
Por amor de una beldad,
De una vaca, noble premio
Del que venza á su rival.....
Dejales que se descuernen.
El uno sucumbirá,
Y logrará la vacada
Su antigua tranquilidad.

Antigua Comedia.

SAY'S COURT se hallaba guardado como un fuerte en estado de sitio, y en términos tales que cuando se acercó Tresilian, fué detenido y examinado muchas veces por las centinelas avanzadas á pié y á caballo. El distinguido lugar que ocupaba Sussex en el favor de la reina, y su rivalidad conocida y declarada con el conde de Leicester, hacian dar la mayor importancia á su conservacion, porque, en la época de que hablamos, nadie sabia todavía cual de los dos derribaria al otro del cande-

lero, y se mantendria solo en el favor de Isabel.

Esta princesa, como la mayor parte de las mugeres, queria gobernar por medio de facciones, contrabalanceando dos intereses opuestos, y reservandose el poder de acordar la preponderancia al uno ó al otro, segun lo exigiese la razon de estado, ó su capricho, porque no era superior á esta debilidad. Echar mano de manejos é intrigas, oponer un partido á otro, contener al que se veia en el mas alto grado en su estimacion con el temor que debia inspirarle un concurrente á quien ella acordaba igual confianza, sino el mismo afecto, tales fuéron las maniobras que empleó durante todo el curso de su reinado; y de este modo, aunque fué con frecuencia bastante débil para tener un favorito, llegó á impedir que no resultasen de ahí funestos efectos para su reino y su gobierno.

Los dos nobles que disputaban entre sí su favor tenian diferentes pretensiones. Sin embargo podia decirse en general que el conde de Sussex habia prestado mas servicios á la reina, y que Leicester era mas agradable á los ojos de Isabel. Sussex era un guerrero; habia servido con buen suceso en Irlanda y en Escocia, y sobre todo en la grande rebellion del Norte en 1569, que fué sufocada prin-

cipalmente por sus talentos militares. Tenia pues naturalmente por amigos y partidarios todos los que deseaban encontrar en la carrera de las armas medios de elevarse. Pertenecia tambien á una familia mas antigua y mas ilustre que su rival, habiendo heredado las dos nobles casas de Fitz-Walter y de Ratcliffe, miéntras las armas de la de Leicester estaban manchadas con la degradacion de su abuelo, ministro opresor de Enrique VII, y esta mancha no habia sido quitada por su padre desgraciado, Dudley, duque de Northumberland, ejecutado en Tower-Hill en 22 de Agosto de 1553. Pero sus facciones, sus gracias y destreza, terribles armas en la corte de una reina, daban á Leicester mas que suficiente ventaja para contrabalancear los servicios militares, la sangre ilustre y la franca lealtad del conde de Sussex; y á los ojos de la corte y del reino pasaba por el primer favorito de Isabel, aunque en virtud del sistema uniforme de la política de esta princesa, esta preferencia no era bastante declarada para que pudiese creerse seguro de triunfar de las pretensiones de su rival.

Venia tan á propósito para Leicester la enfermedad de Sussex, que habia dado lugar á estrañas sospechas que se habian divulgado en el público; y las consecuencias que podia

tener llenaban de consternacion á los amigos del uno, miéntras inspiraban las mayores esperanzas á los partidarios del otro. Sin embargo, como en aquel buen tiempo antiguo jamas se perdía de vista que todos los asuntos podian componerse á estocadas, los amigos de estos dos señores se reunian en torno de ellos, se presentaban armados á las puertas mismas de la corte, y aun dejaban tal vez llegar á oídos de la reina rumores de disputas que tenian en el recinto mismo de su palacio. Sepa vm., señor lector, que esta especie de prólogo que precede es indispensable para la inteligencia de lo que vamos á decir en lo sucesivo.

Tresilian encontró, á su llegada á Say's-Court, lleno el castillo de la comitiva del conde, y de un gran número de caballeros que habian venido á ponerse á su lado. Estaban armados todos é inquietos, como si hubiesen temido pronto un ataque violento por parte de la faccion opuesta. Sin embargo Tresilian halló solo dos caballeros en la antecámara adonde le condujo un oficial del conde, miéntras otro fué á avisar á su amo la llegada de su pariente. Habia una oposicion notable en el vestido, porte y modales de estos dos personages. El de mas edad, que parecia hombre de calidad, y que aun se ha-

llaba en la flor de la juventud, estaba vestido como militar y con gran sencillez; sus facciones eran de la clase de aquellas que anuncian muy buen juicio, pero ninguna imaginacion ó viveza. El mas jóven, que podia tener unos veinte años, venia vestido á la última moda de aquel tiempo, con casaca de terciopelo carmesí bordada y galoneada de oro, y una gorra de lo mismo, adornada con un medallon y una cadena de oro que la rodeaba tres veces. Los cabellos estaban peinados como los de los petimetres del dia, y llevaba arracadas de plata con hermosas perlas. Era alto y bien dispuesto, y sus facciones regulares y agradables eran tan animadas y expresivas, que se veia en ellas desde luego la firmeza de un carácter resuelto, el fuego de una alma emprendedora, el hábito de reflexionar, y la prontitud en decidirse.

Estaban sentados en el mismo banco cerca el uno del otro, pero cada uno de ellos se hallaba ocupado en sus reflexiones, mirando á la pared de enfrente, y no pensaba en conversar con su compañero. Las miradas del de mas edad anunciaban que no veia en la pared adornada á lo antiguo mas que lo que se hallaba colgado en ella, es decir, escudos, alabardas, cuernos de ciervo, y armas de toda especie antiguas y modernas. Los ojos del

mas jóven brillaban con el fuego de la imaginacion; parecia que la distancia que le separaba de la pared era un teatro sobre el que ponía en accion diversos personajes que le ofrecian un espectáculo muy diferente del que la realidad le hubiera presentado.

Cuando entró Tresilian, se levantáron los dos para saludarle, y el mas jóven sobre todo se acercó á él con mas cordialidad.

— Sea vm. muy bien venido, Tresilian, le dijo; la filosofía de vm. nos ha privado de su trato cuando podia ofrecer esta casa atractivos á la ambicion; pero es una buena filosofía, puesto que vuelve vm. cuando solo ofrece riesgos que correr.

— ¿Está segun eso tan indispuerto milord? preguntó Tresilian.

— Tememos que su situacion ofrezca pocas esperanzas, respondió el de mas edad, y todo nos hace creer que es el fruto de alguna traicion.

— No, no; no puede ser, dijo Tresilian, lord Leicester es hombre de honor.

— ¿Como tiene pues una comitiva compuesta de pillos y tunantes? dijo el mas jóven. El que evoca al diablo, por bueno que sea, debe ser responsable de los males que cause el espíritu infernal.

— Pero, señores, dijo Tresilian, ¿son vms.

los únicos amigos de milord que han acudido á su lado en este momento crítico?

— No, por cierto, respondió el de mas edad. Tenemos aquí á Tracy, Markham, y otros muchos; pero hacemos el servicio de dos en dos, y hay algunos entre ellos que se hallan fatigados, y que duermen arriba en la galería.

— Y algunos otros, dijo el mas jóven, que han ido á Depford, habiendo escotado para comprar un bastimento viejo; pues, cuando se acabe el cuento, y esté nuestro noble lord depositado en su noble sepultura, compondrán el pelo á los pícaros que hayan causado su muerte, y se embarcarán para las Indias sin un cuarto.

— Y será muy posible que sea yo de la partida, luego que haya evacuado un asunto que tengo en la corte, dijo Tresilian.

— ¿Asunto vm. en la corte! dijéron al mismo tiempo los dos: ¿embarcarse vm. para las Indias!

— ¿Que es eso, Tresilian? dijo el mas jóven: ¿no está vm. en cierta manera casado? ¿no está vm. al abrigo de los golpes de fortuna que obligan á un hombre á embarcarse, cuando su barca quisiera quedar tranquilamente en el puerto? ¿Que ha hecho vm. de su hermosa Indamira, que debía ser igual á

mi Amoreta por su fidelidad como por sus gracias?

— No me hable vm. de ella, dijo Tresilian volviendose de espalda.

— ¡Ahora estamos ahí, amigo mio! dijo el jóven estrechandole afectuoso la mano. No tema vm. que le vuelva á tocar una herida tan viva, pero es una noticia tan estraña como triste. ¿Ninguno de nuestros alegres amigos podrá ver, en este tiempo borrascoso, su fortuna ó su felicidad libre del naufragio? Esperaba yo que al menos mi querido Edmundo estuviese salvo en el puerto; pero otro amigo, que se llama tambien Edmundo, ha dicho con verdad:

Reina del universo, la fortuna
Con grande rapidez mueve su rueda;
Y con su veleidad y su inconstancia
Todo lo cambia, todo lo renueva.
Tristes juguetes del fatal destino,
Nos abate tal vez, ya nos eleva;
Y cuando estamos en mayor altura,
A derribarnos la cruel se apresta.

Mientras declamaba estos versos con un tono espresivo y animado, se paseaba su compañero con impaciencia. Embozandose despues en su capa, y volviendo á sentarse en el banco, dijo: — Me admiro, Tresilian, de que alimente vm. la locura de este jóven

escuchando sus rapsodias. Si alguna cosa pudiera desconceptuar una casa tan ilustre y virtuosa como la de milord, seria oír en ella esta jerga, esta pepitoria poética, que nos han traído Walter y sus compañeros, que dan de mil maneras torniquete al buen inglés que Dios nos habia hecho la gracia de concedernos.

— Blount se imagina, dijo el jóven, que enamoró el diablo en verso á nuestra madre Eva, y que el sentido místico del árbol de la ciencia del bien y del mal se refiere al arte de combinar los consonantes y medir los hexámetros y pentámetros.

En este momento el camarero mayor del conde vino á decir á Tresilian que su señoría deseaba verle.

Halló al lord Sussex vestido, pero recostado sobre su cama, y se asustó al ver la mudanza que la enfermedad habia causado en su semblante. El conde le recibió con suma amistad, y le preguntó en que estado se hallaban sus amores. Evitó Tresilian contestar á esta pregunta informandose de los síntomas de su enfermedad, y vió con sorpresa que eran los mismos que Wayland habia anunciado despues de haber oído á Stevens. Por tanto se decidió á contar á Sussex la historia de su nuevo servidor, y añadió que se ofrecia este

con gran seguridad á curarle. El conde le escuchó con atencion, pero con cierta incredulidad, porque habia oido nombrar á Demetrio. Llamó al punto á su secretario, y le pidió una cajita que contenia varios papeles importantes.

— Busque vm. ahí, le dijo, la declaracion del bribon del cocinero á quien hemos examinado, y vea vm. con cuidado si se hace en ella mencion de un tal Demetrio.

El secretario buscó aquel pasage, y leyó lo que sigue:

« Y el dicho declarante añade, que se acuerda de haber hecho la salsa llamada del lobo marino, que causó una indisposicion al dicho noble lord; que empleó las yerbas é ingredientes ordinarios, á saber.... »

— Deje vm. toda esa charla, dijo el conde. Vea vm. si los ingredientes de que habla fuéron comprados á un herbolario llamado Demetrio.

— Precisamente, dijo el secretario, y añade que desde entónces no ha vuelto á ver al tal Demetrio.

— Esto va de acuerdo con la historia de tu criado, Tresilian, dijo el conde. Que se presente aquí al punto.

Wayland repitió delante del conde toda su historia con resolucion, y sin variar en la menor circunstancia.

— Puede suceder, dijo el conde, que los que han empezado la obra te envíen aquí para terminarla; pero cuidado contigo, porque si tu medicina causa malos efectos, te costará muy cara la fiesta.

— Seria obrar con rigor, dijo Wayland, porque tanto la cura como la muerte estan en manos de Dios. Sin embargo consiento en correr el riesgo; no he vivido bastante aun sobre la tierra para temer volver á entrar en ella.

— Puesto que tienes tanta confianza en tu remedio, y los sabios no pueden darme alivio, diré como tú: correré el riesgo. Dame lo que quieras.

— Permitame vm. desde luego, dijo Wayland, si he de ser responsable del resultado, que exija por condicion precisa que ningun médico ni cirujano ha de poner aquí los piés.

— Es muy justo, dijo el conde. Venga pues ese remedio sin detencion.

Miéntas le preparaba Wayland, se desnudó el conde y se metió en la cama.

— Advierto á vm., dijo Wayland, que el primer efecto de esta medicina será un sueño profundo, y miéntas dure será preciso observar el mayor silencio en el cuarto; de otro modo pudieran resultar funestas consecuencias. Yo mismo estaré en vela con uno ó dos de los gentileshombres de cámara.

— Que se retiren todos, dijo el conde, excepto Stanley y este buen hombre.

— Y yo, dijo Tresilian.

— Bien, dijo el conde; pero que vengan ántes mi secretario y mi camarero mayor.

— Señores, les dijo luego que llegaron, sean vms. testigos de que mi amigo Tresilian no es en manera alguna responsable de las consecuencias del remedio que voy á tomar. Le tomo de motu propio, porque le miro como un favor que Dios me concede para curar mi enfermedad por medios inesperados. Si llego á morir, decid á mi noble ama que he muerto como habia vivido, siendo su servidor fiel. Deseo que todos los que rodean su trono tengan el corazon tan puro como el mio, y la sirvan con mas talento que ha podido hacerlo Tomas Ratchiffe.

Cruzó los brazos sobre el pecho, y reflexionó un poco; tomando despues el remedio de manos de Wayland, fijó sobre él los ojos que parecian querer leer el fondo de su alma, pero no notó en su rostro ni turbacion ni inquietud.

— Nada hay que temer, dijo á Tresilian, y tragó el brebage sin vacilar.

— Pido á vuestra señoría, dijo Wayland, que se disponga á dormir con la mayor comodidad; y vms., señores, haganme el favor de

permanecer tan taciturnos é inmóviles como si estuviesen al lado de sus madres moribundas.

El camarero mayor y el secretario se retiraron, diéron orden de cerrar las puertas, y de que se observase el mayor recogimiento en toda la casa. Solo quedáron en el cuarto Stanley, Tresilian y Wayland; pero muchas personas permaneciéron en la antecámara, por lo que pudiera suceder.

La prediccion de Wayland no tardó en verificarse. Durmió el conde tan profundamente, que Tresilian y Stanley llegaron á temer que fuese un letargo del que no volveria. Wayland llegó tambien á mostrarse inquieto. Aplicaba con frecuencia la mano á las sienes del enfermo, y notaba sobre todo su respiracion que era frecuente y fuerte, pero al mismo tiempo continuada y fácil.

